

precisamente porque la experiencia única de cada quien en el pasado no se puede reconstruir.

Otros asuntos colindantes inquietan a Koselleck, en primer lugar los del tiempo y el espacio históricos. La línea y el círculo, el progreso y la repetición, no son para él incompatibles, ni siquiera con la figura de la discontinuidad, el corte, la censura o el trauma histórico. Igualmente, es decisivo para el relato de la historia el espacio que se otorgue al objeto estudiado, porque su extensión lo define tanto como su situación dentro de los periodos del tiempo histórico.

Los tópicos que inquietan a Koselleck son los clásicos de la razón histórica. Esencialmente, le preocupan los que hacen a las relaciones entre el hecho y su versión, entre el *factum* y la retórica. Con ello nos impregnamos de la provincia limítrofe del discurso, o sea la literatura. Quizá la historia sea un capítulo de las bellas letras, así como la literatura está siempre anclada en un momento de la historia. Y ambas, dispuestas a partir hacia el eterno retorno o hacia el infinito futuro.

LTI. Apuntes de un filólogo, Víctor Klemperer, traducción de Adan Kovacsis, *Minúscula*, Barcelona, 2001, 410 pp.

Klemperer (1881-1960) fue un estudioso de la literatura francesa,

enterado en filología comparada y judío. Por esta última razón, el Tercer Reich lo persiguió y lo confinó en una fábrica, sometiéndolo a sevicias, interrogatorios y humillaciones propias de aquel gobierno de terroristas. Evitó la deportación porque su mujer era aria y fue recogiendo datos acerca de la lengua del nazismo, que este libro expone con un rigor, una imaginación científica y una serenidad intelectual dignos de toda admiración.

La ideología es, ante todo, palabra. De ahí que los regímenes autoritarios y totalitarios tengan tanto cuidado con el uso permitido y las consiguientes prohibiciones del lenguaje. La abundancia de partículas negativas y privativas, la exuberancia de los eufemismos, el tono mesiánico de este nuevo Evangelio germánico, la gesticulación unida a la palabra, la repetición de consignas breves y perfiladas, todo ello constituyó una retórica de la vida como combate, defensa y guerra, que preparó a una sociedad para vivir en el riesgo extremo de dominar el mundo o ser destruida por el mundo, que es lo que finalmente ocurrió.

Lo más patético de esta inteligente excursión por la memoria de nuestro anteaer histórico, es la semejanza que Klemperer encuentra entre el discurso de Hitler y el de Herzl, fundador del sionismo. La obsesión antijudía del nazismo encuentra una explicación psicoa-

nalítica: la identificación inconsciente con el enemigo que encauza todas las fobias del pueblo elegido. A la distancia, este sabio y paciente judío que sobrevivió al exterminio mejor organizado de la historia, reflexiona. Cuando le preguntan por qué estuvo preso, responde: «Pues, por ciertas palabras».

El secreto de Hitler, Lothar Machtan, traducción de Juan María Madariaga, Planeta, Barcelona, 2001, 407 pp.

La sexualidad de Hitler siempre dio lugar a conjeturas. Tal vez fuera débil o inexistente y de ahí su aureola misteriosa. Machtan corta por lo sano y sostiene que Hitler era homosexual, aunque admite que no se conservan pruebas directas del extremo. Ha de moverse siempre con testimonios indirectos (cuentos de cuentos) y conjeturas. Si se acepta, *a priori*, su tesis, los hechos cuadran. Si no, si se espera la demostración de los mismos, nada resulta convincente.

Por otra parte ¿qué importancia histórica tiene la homosexualidad probada o hipotética del *Führer*? Para Machtan, mucha. Su antijudaísmo proviene de que el escándalo homosexual de la corte guillermina

(el asunto del príncipe Eulenburg) fue promovido por el judío Hirschfeld. La matanza de Röhm y sus amigos de la SA tuvo por objetivo suprimir a los homosexuales que podían testimoniar el plumero del Caudillo. Luego vino una represión contra todos los homosexuales que persiguió el mismo fin.

Aparte de lo cuestionable del libro, numeroso de documentos pero no de pruebas, es un riesgo tipificar a Hitler entre las supuestas irregularidades de la especie, como si el nazismo no hubiese sido aprobado por millones de alemanes y sostenido por buena parte de la dirigencia europea de su tiempo. Es cierto que las asociaciones estudiantiles, deportivas, militares y paramilitares tienen mucho de reducto masculino y admirativo contacto entre varones, pero este homoerotismo difuso e institucional sería una característica del sexo masculino y no del nazismo. El razonamiento de Machtan nos llevaría a concluir que los varones somos nazis por razones fisiológicas, lo cual no deja de ser peregrino.

El nazismo no fue excepcional ni Hitler era un simple loquillo suelto, aunque es le puedan adjudicar rasgos sintomáticos. La Historia ha digerido su sangriento menú.

B. M.

El fondo de la maleta

Idolatrías

En su libro sobre Shakespeare (*Shakespeare. La invención de lo humano*, traducción de Tomás Segovia, Anagrama, Barcelona) Harold Bloom intenta redefinir el humanismo, situando al escritor inglés en la caracterización esencial de nuestro concepto de lo humano. Es discutible esta exagerada simplificación, ya que el humanismo occidental, si bien tiene su recaída barroca (Montaigne, Pascal) viene de lejos, al menos desde el cosmopolitismo de Sócrates.

Pero lo relevante del planteamiento bloomiano es que, con toda sinceridad, escribe desde el pasmo y la idolatría que Shakespeare le produce. Son legítimos como vínculos de aproximación a un escritor. Finalmente, y de movida, lo que nos ligó con la escritura es algún tipo de relación afectiva y hasta corporal. Luego, la crítica toma distancia y elabora un objeto. Sin este pasaje, no hay operación crítica y la exclamación inicial, como en las historias de amor (te quiero, te adoro, te odio, te detesto, cielo e infierno de mi vida, etc.) continúa acorralada en la subjetividad del lector. A Bloom le falla este salto. Lo traicio-

na el corazón, víscera ilustre. También, cierto patriotismo, pues Shakespeare tiene que ver con los ingenios universitarios y algún poeta metafísico, pero parece evadido de la compleja telaraña barroca, internacional, si las hubo. No hay Hamlet sin Segismundo, como no hay Lear sin Don Quijote, ni Pascal sin Gracián, ni Góngora sin Marino y suma y sigue.

Bloom ha intentado hallar la Biblia secular de nuestro tiempo. Y, desde luego, no la ha encontrado en la literatura, que no es escritura inspirada por el Espíritu Santo, sino tarea humana que flota y arraiga en la historia. Admirar suele ser una manera de adorar y adorar, una manera de reconocer la santidad. Pero, como en todo enamoramiento, hay que advertir que el resto de la humanidad que no comparte la fascinación del enamorado queda fuera del juego.

Shakespeare colaboró a inventar lo humano, no lo inventó él solo. Tan poco solo estuvo y está en su magnífica empresa, que lo rodeamos miles de lectores y espectadores, que seguimos inventando lo humano con su ayuda y la de tantos.

Colaboradores

- CARLOS ALFIERI: Crítico y periodista argentino (Madrid).
JORGE ANDRADE: Escritor argentino (Buenos Aires).
ISABEL DE ARMAS: Crítica literaria española (Madrid).
ANNA CABALLÉ: Crítica y ensayista española (Universidad de Barcelona).
ROSE CORRAL: Hispanista inglesa (Colegio de México).
MILAGROS EZQUERRO: Crítica y ensayista española (Aviñón).
EVA FERNÁNDEZ DEL CAMPO: Crítica de artes visuales española (Madrid).
ANA SILVIA GALÁN: Crítica literaria argentina (Buenos Aires).
JOSÉ AGUSTÍN MAHIEU: Crítico cinematográfico argentino (Madrid).
ROMÁN D. ORTIZ: Politólogo e historiador español (Instituto Ortega y Gasset, Madrid).
DIANA PARIS: Crítica literaria argentina (Buenos Aires).
JUDITH PODLUBNE: Crítica literaria argentina (Rosario de Santa Fe).
REINA ROFFÉ: Escritora argentina (Madrid).
NOEMÍ ULLA: Escritora argentina (Buenos Aires).
GUZMÁN URRERO PEÑA: Periodista y crítico español (Madrid).